

sa, y entre lo que funciona como poema en prosa y aquello que puede ser una simple crónica. Me incliné por lo que en ese momento leía: "Creo que la escritura de Mattos Omar se inclina o se desplaza a la prosa, a un tipo de relato atento al detalle"⁴.



Ciertamente, *De esta vida nuestra* prueba que ese juicio, como todo en literatura, estaba sometido a lo que el tiempo dijese. Mattos Omar ha llegado al poema en prosa gracias a la buena compañía de sus versos. Artesanía, sin duda. Pero por sobre todo un ojo poético que se asienta en la sensibilidad y pesa, en visión propia, sus palabras. Explosión que viene de adentro, como los años que ya nos conocen, y se otorga con esa sencillez que en poesía es lo más difícil de lograr. Punto de apoyo, conciencia.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. O acaso quevedianamente: *¿Qué haremos de esta vida nuestra? / Y mientras, al paso de los días, / nos lo vamos preguntando / —rindiéndonos siempre, como a un suspiro, / el efímero bálsamo de la pregunta— / salta de pronto la solapada muerte / y nos suprime de un tajo, / nos sepulta de un golpe, / sacándonos por completo de la cuestión...* (De esta vida nuestra, pág. 35). Su gemela, la vida, recorre el libro por todos lados: cf. págs. 12, 16, 19, 25, 32, 33, 35, 36, 40, 42, 43 ("vivido"), 54 ("sobrevivo"), 56.
2. Cf. la lluvia en págs. 10, 14, 27. Y además: *lo vives, sin embargo, / con extrañeza, / desde una distante perspectiva, / tocado ya por la nostalgia* (pág. 11); *Tengo*

tantas melancolias / en mi alma / que no se / por cuál de ellas / empezar a sufrir (Otro día de trabajo, pág. 29); *...esa horrible novedad anatómica es sólo del otro, del doble que lo mira melancólicamente desde la lámina de azogue* (pág. 33).

3. Véanse, principalmente, dos bellísimos poemas: *Alisios* (pág. 21) y *Alisios II* (pág. 23). Y, de hecho, estos versos simbólicos: *la brisita que penetra por la ventana, / la cortina que vela la ventana / y que, al tenue hilo de aire, / fluctúa una y otra vez / para proyectar este pez de sombra...* (pág. 13); *Sólo permanecen a flote / el viento y los gatos. // Los gatos acechando con sigilo, con sabiduría, / y con una misteriosa hambre ancestral. // Y el viento* (Noche de viento, pág. 20); *¿Cómo hacer estallar ahora un viento capaz de desquiciar esta angustia, / este desorden agrio de viudo o condenado a muerte, / esta voraz sensación de embottellado, de gallina ciega, / de no saber para dónde diablos ir?* (pág. 58).
4. Cf. "En las redes", *Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango*, Bogotá, vol. XXV, núm. 16, 1988, pág. 128.

"Un autor ya avanzado en la búsqueda de un estilo personal"

Trece circos comunes

Antonio Ungar
Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2000,
154 págs.

El circo es por tradición un lugar para lo extraordinario. Y la palabra *extraordinario* puede tener varias implicaciones. Lo excepcional, lo obsesivo, lo grotesco pueden ser cosas extraordinarias; mientras que aparentemente no cabrían dentro de esa palabra lo común, lo ordinario, lo corriente. Quizá por eso resulta tan diciente que Ungar haya escogido para esta agrupación de relatos la denominación de "circos comunes".

Esa aparente contradicción en los términos sólo se hace lógica al leer el libro. De algún modo Ungar ha conseguido reunir en los mismos cuentos a lo común con lo excepcional, a lo ordinario con lo obsesivo, a

lo corriente con lo grotesco. Esto, aunque es raro en literatura no es una novedad por sí mismo; ya otros lo han conseguido, entre ellos el autor más destacado del realismo mágico. Lo que resulta llamativo, especialmente en un medio literario como el colombiano, es que la línea que sigue Ungar está más cerca del surrealismo francés que del boom latinoamericano. Pero, eso sí, el surrealismo de Ungar no es completamente alucinatorio, pues el autor no se deja ir por entero, sino que mantiene el control para darle a la historia una línea. Sin embargo, sus cuentos conservan ese sabor inconfundible que deja el viaje al reino del inconsciente donde las pesadillas y los sueños vagabundean por las calles.

Como muestra, este fragmento de uno de los relatos.

El Circo del Antropófago es un circo especial.

Sólo llega a las ciudades más grandes y más pobres, acampa siempre en las ruinas recientes de alguna destrucción. El nombre del circo ayuda a que las graderías estén siempre llenas. También ayuda el que en las graderías sólo caben nueve personas flacas.

El acto es sencillo:

Sale el antropófago, que es un hombre bajo, tímido, de anteojos redondos: un funcionario triste. Se sienta en una sillita rosada, ridícula; espera hasta que la gente aplauda. Cuando la gente aplaude sonríe con ojos de vergüenza y de tristeza.

Sale el dueño del circo, que es gigantesco y tiene bigotes rojos; da latigazos en la baranda de la pista, grita palabrotas en rumano, cojea. Se acerca a un baúl negro. De ahí saca a un niño gordo, blandido, de unos tres años, lo carga entre sus brazos peludos.

El antropófago desde su silla mira al niño con pesar, lo tiene un momento debajo de sus dientes blancos.

Después coge un bracito por el dedo índice y se lo come despacio. El niño parece bien adiestra-

do: en manos del gigante berrea, pero al antropófago lo mira con ojos azules, quietos; sólo respira. El antropófago, despacio, se come el otro brazo, las piernas; acaba siempre por la cabeza: de un solo bocado. Es increíble cómo puede abrir la boca para tragar el hombrecito. Cuando sale de la pista se puede ver que sus manos, sus dientes, sus labios, están perfectamente limpios. [pág. 33]

No deja de ser obvia la influencia del gran autor checo. Pero afortunadamente Kafka es, en este caso, sólo eso: una influencia. Ungar resalta con brillo propio, consiguiendo que varias de las narraciones de este libro se ganen el derecho a quedarse en la memoria del lector. Y lo logra no mediante truculencias sintácticas, sino con un lenguaje simple, claro, donde lo sorprendente es aquello que las palabras consiguen describir: las atmósferas irreales y al mismo tiempo palpables donde se invita al lector a entrar.



A través de los distintos circos conocemos brujas escocesas, amables ancianitas que entretienen a la audiencia con los cuentos de sus nietos, neuróticos sorprendidos por un inesperado caos, e incluso reconocemos a más de un personaje famoso en el Circo de los Olvidados o en el temible Circo Manson. Emocionalmente, podemos pasar del desconcierto a la esperanza, del asombro al horror, pues así como hay historias en este libro que parecen llenas del optimis-

mo más poderoso —ése que no tiene causa ni explicación—, otras están repletas del sabor a fatalismo que dejan las acciones crueles, a las que, dado el aroma a subconsciente de la obra, podríamos considerar como simples hijas de la gran crueldad cósmica.

Quizá por eso no es vana la “Advertencia” que hace Ungar al lector antes de comenzar la narración:

Algunos de los relatos que contiene este libro están dotados de una forma poco dócil. Más bien salvaje, brutal.

No tiene la culpa el que aparece en la cubierta como “escritor”. El escritor es un hombre sin importancia, sometido a la realidad autónoma que le imponen sus historias. La culpa, o el mérito, es de las historias mismas: siempre despiertas, han encontrado ellas esta manera particular para poder contarse, completas y sin tropiezos.

Tras ver en estas palabras que el autor se considera un simple medio de transporte para que las historias pasen al papel desde el limbo, cielo o infierno donde se encuentran, no debe extrañar entonces que cada una de ellas tenga una personalidad propia. Aun así, hay ciertas concordancias entre los cuentos, aparte del estilo, que nos permiten comprobar que todos los relatos tomaron el mismo bus, llamado Antonio Ungar, para llegar a ser escritos. Una de esas características comunes es la procedencia de los personajes, entre los cuales reconocemos a miembros de la clase media bogotana, a arquetipos sin nacionalidad y a personajes de la historia norteamericana que han llegado hasta nuestros lares gracias a la memoria recurrente de los medios de comunicación de masas.

En resumen, *Trece circos comunes* es la obra de un autor ya avanzado en la búsqueda de un estilo personal; única forma de librarse de los estereotipos y fórmulas cómodas que amenazan ahogar a la literatura contemporánea. Por eso, este libro de Ungar constituirá una excelente

lectura tanto para quienes deseen conocer otra forma de experimentación literaria en Colombia, como para quienes disfruten de una literatura que no sólo nace de la práctica cotidiana, sino también del juego con los abismos de la intuición y el inconsciente.

ANDRÉS GARCÍA
LONDOÑO

“Un lenguaje que va de la superchería a la emocionada ejecución temática”

La gente casi siempre

Andrés Burgos

Fondo Editorial Universidad Eafit, colección Antorcha y Daga, Medellín, 2000, 107 págs.

El influjo de la cotidianidad a través de los paradójicos modelos sociales se presenta, con un lenguaje que va de la superchería a la emocionada ejecución temática, en este libro de cuentos del comunicador y cineasta Andrés Burgos, nacido en Medellín en 1973.



Orientado siempre a develar en la rutina humana el sórdido patetismo de las épocas y los hechos comunes, se aventura a pronosticar la confusión en la complejidad de las discrepancias sociales, en el abuso de la propia fantasía, en la huella de los